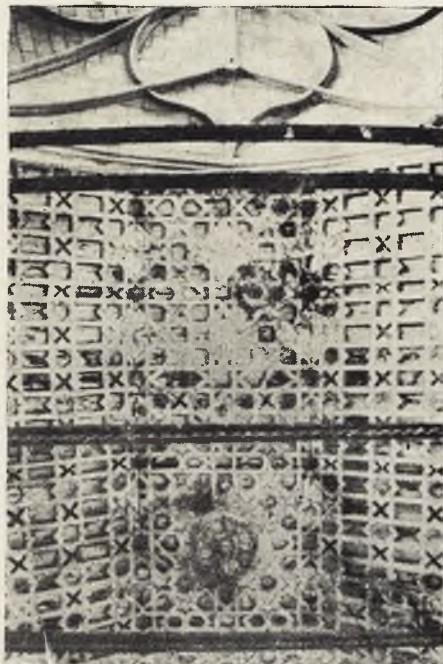


dulzonas, entristecen el recuerdo de las tallas recias y antañonas destruidas; la cal sigue embadurnando muros y capillas y tapando y afeando bellezas... ¡Va desapareciendo, poco a poco, «una iglesia notabilísima y de las más dignas de estudio de toda la región manchega»! Seguramente la más antigua de Ciudad Real.

La vergüenza sigue, aumentada, gravitando sobre nosotros porque salvo singulares excepciones, con *alegría* inconsciente, somos expeditos en destruir lo bueno que teníamos, lo poco bueno que nos queda, cuando en otros lugares conservan, descubren, restauran lo añejo con escrupuloso y benemérito celo. ¡Oh, Santiago del Burgo y la Magdalena de Zamora! ¡Oh, Parral segoviano y catedral de Sigüenza...!

¡Todavía es tiempo! Oiganlo quienes puedan y quieran, quienes obligados están a oír, y, libre de broza, resurja la parroquia de Santiago Apóstol, de Ciudad Real, con su secular, encantadora y plena belleza prístina para honra de ellos y nuestra; para bien del Arte. Mañana será tarde.

De pasada—muy mucho a lo capitán Araña, es nuestro papel—emplacemos al bien querido y respetado don Emilio Bernabéu para que nos cuente—él lo sabe y obligado está a decírnoslo—cómo era aquel otro artesonado que cubría la ermita de Alarcos y llevó la delantera al de Santiago en su desaparición, y hostiguémoste, amigo Agustini—excelente catador artístico e histórico de nuestra región—para que, como acostumbras, meticulosamente documentado y de modo galano, en fecha próxima nos relates y sitúes en el dilatado y estático campo del arte morisco, el gran artesonado, también maltrecho, aunque no tanto, de la Iglesia Parroquial de Almodóvar del Campo, que una tarde canicular me enseñaste a admirar y mal supe fotografiar.



Parte del artesonado de la Iglesia Parroquial de Almodóvar del Campo.

**Julián Alonso.**

(Fotos del autor.)